

Virginie T.

Los ángeles caídos-tomo 1



Baila Ángel Mío



Virginie T.
Baila Ángel Mío

Baila Angel Mio

I de *Los angeles caidos*

Virginie T.

Caitlyn es la artista principal del American Ballet Theater de Nueva York desde hace varios años. Solitaria e introvertida, su vida gira en torno a la danza y su mayor fan no es otra que su abuela. Todo da un vuelco cuando alguien se pone a acosarla. ¿Quién puede ser y con qué fin? Su abuela está dispuesta a todo para protegerla, incluso ponerla en el camino de su misterioso vecino Baraquel.

Baila ángel mío

Baila

Ángel mío

Los ángeles caídos-tomo 1

Virginie T

Traducido por Gloria Pérez Rodriguez

© 2020. T. Virginie

Dépôt légal : Mai 2020

Capítulo 1

Caitlyn

Hace tiempo que bailo y no debería ya estar tan estresada. Al fin y al cabo, los ensayos tienen lugar siempre de la misma forma y ya he conseguido el papel principal, igual que las cinco veces anteriores. No me llaman la estrella emergente del American

Ballet Theater por nada, y desde luego, no he robado a nadie mi lugar. He luchado y he sacrificado muchísimas cosas para llegar aquí. El baile forma parte integrante de mi vida, de mi ser, y no voy a dejar que los últimos acontecimientos me impidan ser yo. Cierro los ojos, alejo de mi mente lo que me rodea y rememoro las etapas cruciales que me han conducido a este instante.

Llegué a Nueva York en mis años de juventud gracias a mi profesor de danza de entonces y su constante insistencia frente a mis padres. Nunca podré agradecerle lo suficiente el futuro que me ha ayudado a tener. Aún recuerdo el hostigamiento que mis padres tuvieron que soportar por su parte. Mason Jaz es una persona muy decidida, eso es lo menos que se puede decir, y tenía gran interés en mi éxito. Empecé danza clásica, como tantas otras niñas, a la edad de cuatro años, animada por mi madre que esperaba así canalizar mi exceso de energía permitiéndome al mismo tiempo abrirme al mundo y a las personas de mi entorno. Con mi metro de altura, era una niña muy retraída en busca de una escapatoria para el torbellino de emociones que anidaban en mí y que yo no entendía. Todo era fuente de conflictos interiores, estrés, y hasta ataques de pánico. Así que ya desde muy pronto había optado por mantenerme alejada de toda interacción social. Un médico me había diagnosticado una forma de autismo, bastante ligera como para permitirme tener una vida más o menos normal y capacidades intelectuales dentro de la media, pero lo suficientemente desarrollada para que las relaciones humanas fueran un auténtico problema para mí. En

aquel entonces, eso no quería decir nada para la niña que era yo, salvo que era diferente a los otros niños, y no habría necesitado a aquel señor de bata blanca para darme cuenta. Mi madre había pensado que la danza podía ser un remedio para mis males, un medio de expresar lo que yo retenía dentro de mi cuerpo y de mi corazón. Si ella hubiera sabido entonces hasta dónde nos llevaría esto, quizá lo habría pensado dos veces. Mason vio muy pronto mi potencial y de simple pasatiempo, esta actividad pasó a ser mi pasión, devoradora, invasora y que modificó la vida de toda la familia así como su visión del futuro.

La danza, en efecto, había sido un verdadero remedio milagro. A través de ella, expresaba todo lo que sentía en mi interior: rabia, deseos, amor. Comencé los concursos de baile con solo seis años, dejando atónitos a los jurados con mi madurez y llevándome los premios cada vez. Mis padres me llevaban de ciudad en ciudad, quisiera o no, recorriendo Florida a lo largo y a lo ancho, de arriba abajo. Mis padres, en esa época me lo dieron todo para no obstaculizar mis progresos, dejando de lado sus propios deseos y necesidades. Para mí, no existía nada más que la danza, por lo que al final, fue todo lo contrario de lo que querían mis progenitores, que deseaban abrirme al mundo. Mi horario escolar se saturó entre las clases normales del colegio a las que debía asistir por obligación y las 10 horas de danza semanales, pero para mí nunca era suficiente. Ya en esa época, yo solo vivía para eso. Mi padre trabajaba un número incalculable de horas extra para pagar mis clases y el

presupuesto familiar era ajustado, incluso aunque Mason no nos hacía pagarlo todo. Mis padres tuvieron que renunciar a su anhelo de un segundo hijo por falta de tiempo y de medios. A mis ocho años, fue evidente para todos que las cosas no podrían continuar así eternamente. El problema era que la danza se había convertido en mi droga, y que no podía pasar sin ella. Las semanas de vacaciones eran siempre una verdadera tortura sensorial a pesar de mis entrenamientos en soledad, y la vuelta a las clases de baile, un auténtico alivio, la bocanada de oxígeno imprescindible para sobrevivir. Mi profesor planteó entonces a mis padres la idea de enviarme a Nueva York, a la school of american ballet, el paraíso en la tierra para mis ojos. Su rechazo categórico e inmediato fue una puñalada en mi pequeño corazón. Me negaban el derecho de ser normal, de ser yo. Viéndolo con el tiempo, me doy cuenta de todos los sacrificios que hicieron para que yo pudiera cumplir mi sueño, pero en aquel momento, era demasiado joven para comprender la situación y me sentí furiosa con ellos. Enormemente.

—Enviadme a esa escuela especializada, por favor. Mason ha dicho que sería perfecta para mí.

—No puede ser, Caitlyn. Tenemos un trabajo, amigos, la casa... No puedes marcharte sola a miles de kilómetros.

—¡Pero si siempre estoy sola! ¿Cuál es entonces la diferencia?

Me fui bajo su mirada dolida a refugiarme a casa de mi confidente y mi fan incondicional número uno: mi abuela, que vivía solo a algunas manzanas de allí.

—Abuelita, no me dejan cumplir mi sueño. Prefieren que acabe de camarera, pero yo, nací para bailar. Tú lo sabes. Con los pasos, lo digo todo. Lo necesito para sentirme bien. ¿Por qué no lo entienden?

—Oh, mi Caitlyn Cat, tranquilízate. Ven a darle un beso a tu abuela.

Mis tormentos, acurrucados entre sus brazos, escuchando su respiración lenta y regular, se calmaban siempre. Aún hoy tiene ese perfume de rosa que se te sube a la cabeza y esa voz pausada debida a la larga experiencia de la vida. Siempre ha sido la única con la que tengo la sensación de ser como todo el mundo. Me comprende incluso cuando no pronuncio ni una palabra. Nunca me ha considerado como alguien rara, sino como su querida nieta a la que llama cariñosamente mi Caitlyn Cat.

—Todo acabará por arreglarse a su debido tiempo, cielo. Ya lo verás.

Yo no lo creí, pero no contesté nada, porque mi abuela era y sigue siendo hoy la persona a la que no quería decepcionar bajo ninguna circunstancia. Además, tenía razón. Costó dos años. Dos largos años de lucha entre mis tercios padres y mi perseverante profesor, dos años de frustración y de ir y venir a casa de mi abuela para calmarme, pero terminamos por dejar Florida. Mis padres pidieron el traslado a Nueva York para poder seguirme en esta aventura, ya que les parecía demasiado joven para estar lejos de mi familia. Ese día fue un auténtico sufrimiento. En mi afán por ir a una escuela especializada a la altura de mis esperanzas, no

me había dado cuenta de que dejar este lugar soleado significaba alejarme de mi abuela. Fue un dolor indescriptible, solo aplacado por la promesa que ella me hizo.

—Iré a verte con regularidad y nunca me perderé tus actuaciones. Te lo prometo, Caitlyn Cat. Y tú, prométeme que darás todo lo que tienes para llegar a la cumbre. Haz realidad tu sueño y muestra al mundo entero quién es la verdadera Caitlyn.

—Te echaré de menos, abuelita.

¡Cuánto lloré en el coche que me llevaba hacia mi destino! Pero fui incapaz de decir ni una palabra de agradecimiento a mis padres que, sin embargo, lo dejaron todo por mí: a su familia, a sus amigos, su casa... Aún hoy, el recuerdo de mi despedida a mi abuela me provoca una punzada en el corazón y me hace sonreír al mismo tiempo. Porque ella cumplió su promesa, y yo, la mía.

Para muchos, la entrada en la school american ballet es un mito, algo que se espera, con lo que se sueña, pero que nunca se consigue, porque está reservado a la élite y a algunos privilegiados con una vida extraordinaria. Afortunadamente para mí, Mason me había preparado bien y el hecho de entrar en la escuela no fue más que una formalidad. Con solo 10 años, deslumbré a los mayores con mi actuación y las emociones que transmitía a través de mis pasos. Encadené piquets, arabeques y sauts de chat sin ningún paso en falso y obtuve una beca completa para formar parte de las clases a partir de la semana siguiente con las adolescentes. De nuevo, una nueva diferencia con respecto a los demás. La diferencia de edad hacía que no

tuviéramos en absoluto la misma vida y los mismos objetivos a pesar de la pasión común, por lo que yo seguía aislada. Las chicas de quince años se desarrollaban en sus cuerpos con granos y buscaban las miradas de los chicos, mientras que yo pasaba los días ante el espejo con el fin único de alcanzar la perfección en mis ejercicios. La situación no cambió mucho en realidad desde entonces, porque los celos frente a mis progresos mantuvieron las distancias. Mi fase de adolescente no tuvo gran cosa en común con la de las demás. Sí que flirteé un poco, más que nada para hacer como los demás, no porque lo deseara realmente, y no fue un gran éxito. Entre esos chicos en busca de experiencia y yo, se alzaba una barrera invisible: la falta total de comprensión. Yo nunca entendía lo que esperaban de mí, y viceversa. Por otro lado, yo misma tampoco sabía lo que esperaba de ellos. Estar menos sola, seguramente. La experiencia no fue desagradable, pero no sentía ningún afecto especial por mis novios, y teniendo en cuenta lo rápido que me dejaban, creo que era recíproco. Al resultar poco convincentes estos intentos, me decidí finalmente a quedarme sola antes que ser una incomprendida.

Y aquí estoy doce años más tarde, preparada para salir al escenario y hacer el ensayo general de La Bella Durmiente del Bosque. Encarnar a la princesa Aurora es como un sueño de niña y mañana, en el estreno, mi abuela estará ahí, en primera fila. Se quedará en mi casa durante algunos días antes de volver a su hogar y este espacio de tiempo nos permitirá dejar atrás el pasado, borrando esa ausencia tan sentida durante

estos meses de separación. Mis padres también estarán ahí, pero demasiados rencores que nunca se han expresado obstaculizan nuestra relación. Mi entrega a la escuela de ballet y mi beca de estudios me han permitido levantar rápidamente el vuelo y, al mismo tiempo, tener mi independencia. Muy pronto, estallaron los reproches y mi condición de hija ingrata cobró impulso. Me echaban la culpa de haberles hecho dejar Florida y no concederles nunca ni el tiempo ni la consideración que como padres esperaban recibir por derecho propio. Siendo aún joven, les replicaba que les había pedido dejarme ir a Nueva York, pero nunca que se fueran conmigo. ¡Como si unos padres dignos de ese nombre fueran capaces de enviar a una hija de diez años a miles de kilómetros sola! Las cosas se agravaron rápidamente y, ahora, es demasiado tarde para poner remedio a la situación, considerando además que los celos con respecto a mi excepcional relación con mi abuela han alcanzado proporciones catastróficas. En lo más profundo de mí, les agradezco haberme dado tanto, pero soy incapaz de expresarles mi reconocimiento y es demasiado tarde para que quieran entenderlo. Como resultado, solo soy una decepción para ellos a pesar de mi increíble éxito, y el sacrificio de un segundo hijo que les habría dado más que yo se deja sentir.

Mi felicidad sería total si mi celebridad, al fin y al cabo relativa—reconozco que el mundo de la danza no es lo mismo que Hollywood con las estrellas de cine—, no se acompañara de las molestias que ocasiona la promoción. Mi foto aparece por

todas partes en Nueva York desde hace semanas para hacer la publicidad del espectáculo que tendrá lugar en el famoso Lincoln Center, y desde entonces, no puedo poner un pie en la calle sin que me reconozcan, sin firmar autógrafos y, lo más preocupante, sin recibir cartas un tanto desagradables. Intento hacer caso omiso, pero la recurrencia de estos correos empieza a debilitar mi moral. Sin embargo, no tengo tiempo de pensar más en ello.

—Caitlyn, te toca. Tu solo en el bosque.

Allá voy. Gran jeté para llegar al centro del escenario, entrechats, pas de bourré, manège y después, pirouette fouetté. En danza clásica, todo es cuestión de ritmo, de precisión, de elegancia y de músculo. Tengo un cuerpo esbelto sin ningún esfuerzo especial, lo que me vale la envidia de muchas bailarinas que deben seguir un estricto régimen, y eso me permite estar en total armonía con la música que me transporta a otro mundo, un mundo puro en el que me muevo sin ningún obstáculo. Más bien, me movía. Por más que intento cerrar mi mente a los pensamientos extraños que se apoderan de mí, es imposible crear muros entre mis sentimientos y mi expresión artística, que siempre han estado estrechamente unidos. Sé, incluso antes de dar mi último salto, que no he estado a la altura. Lo siento en lo más profundo de mí y el rostro de las otras bailarinas de la compañía me lo confirma. ¡Parecen tan satisfechas de verme fracasar! El mundo de la danza es un mundo de tiburones, al igual que Wall Street. Están al acecho de la primera ocasión que les permita apoderarse de mi lugar y ocupar el centro del

escenario. Agatha es la más cruel de todas. Es mi más feroz competidora, la más despiadada. Cualquier pretexto es bueno para ponerme en una situación incómoda. Me la tiene jurada desde mi integración en el American Ballet. Antes de mi llegada, ella era la mayor esperanza de la compañía. Pero aparecí yo con mi cara inocente y mi ignorancia de la competición y ella se convirtió en la segunda, mi suplente en caso de accidente, salvo que nunca ha ocurrido un accidente. Agatha me lleva ocho años. Vive sus últimos años en el escenario y se ha vuelto cada vez más malvada con el paso del tiempo. Supongo que quería tener un gran final para su carrera y es consciente de que yo soy la causa de ese fracaso. Yo estoy en la flor de la vida mientras que a ella solo le quedan diez años de danza como máximo por delante. Haga lo que haga, siempre estaré ahí, arrebatándole el lugar que considera legítimamente suyo, y todo su dinero no podrá hacer nada nunca. Agatha es la descendiente de una gran familia de aristócratas que posee muchas propiedades en los barrios más elegantes de Manhattan. Durante mucho tiempo, creyó que su prestigioso apellido le abriría todas las puertas, aunque tuviera que poner algunos billetes sobre la mesa para desbloquear las cerraduras más rebeldes. Mi llegada puso fin a sus ilusiones y no lo aceptó. Llegó incluso a proponerme una importante suma de dinero para que me retirara del escenario. Evidentemente, se tomó muy mal mi rechazo. No me interesa nada el dinero. ¿De qué sirve ser rico si se es desgraciado? Sin la danza, tengo la impresión de estar encerrada en mi propio cuerpo. No puedo

vivir sin ella. Mi rival no lo comprendió ni lo comprenderá nunca. A ella, solo le importa la gloria. La gloria y el reconocimiento. ¡Como si el ballet fuera un mundo de glamour y brillo! Es sobre todo un mundo de sudor y de trabajo duro.

—Ehhh... Caitlyn. No parece estar en tu mejor forma. Puedo sustituirte si tienes la mente en otro sitio. El público no perderá nada con el cambio, puedo asegurártelo, y debemos pensar en nuestros fans antes que nada.

Como si fuera a aceptar. Prefiero pasar por delante de ella sin ni siquiera dirigirle una mirada. Lo que la pone aún más furiosa que un duelo verbal es cuando alguien la ignora. Lo comprendí muy rápidamente.

—No eres más que una zorra. El papel principal me corresponde a mí, y lo tendré.

En sus sueños, seguro. En realidad, yo ocupo ese lugar y no estoy dispuesta a dejarlo. Es hora de que aprenda a vivir con ello.

Capítulo 2

Caitlyn

El día del estreno ha llegado por fin. A pesar del recrudescimiento de las cartas tan desagradables dirigidas a mí, he conseguido recuperar el control, pensar serenamente y dejar salir todas las emociones persistentes en mí a través de la danza. Esto no ha sido fácil, porque las cartas se han vuelto cada vez más amenazadoras a medida que se acercaba el espectáculo, y la última, con fecha del mismo día, no ha llegado al teatro como las otras, sino directamente a mi casa, a mi santuario, mi refugio,

que entonces me ha parecido menos seguro y reconfortante. Al coreógrafo le han parecido demasiado agresivas mis expresiones durante nuestro último ensayo y me ha pedido que suavice los rasgos de mi rostro todo lo que pueda con el maquillaje para esta noche, pero en conjunto, está satisfecho con mi actuación.

Mi abuela está ahí, lo sé, siento su mirada sobre mí. No ha tenido tiempo de pasar a verme por mi camerino antes de que empezara la representación, pero siempre sé cuándo está ahí. Enseguida me siento más tranquila, lo que realmente necesito. Como para todo autista, el ruido, la gente, son factores muy difíciles de soportar. Afortunadamente, la sala se sumerge en la oscuridad y el público se queda en silencio, concentrado en la música y los bailarines que se mueven con fluidez sobre el escenario, mientras cuentan uno de los más famosos cuentos para niños. Hago mi entrada con algunas piruetas sobre las puntas. Cierro los ojos y dejo que me lleve la música. Siento la vibración de los sonidos desde las puntas de los dedos de los pies hasta las de mi cabello, ondulando al ritmo y ocupando todo el espacio disponible en el escenario. Mi corazón late con las notas de los violines y mi respiración se acelera a medida que mis pasos se encadenan. En lo más profundo de mi ser, experimento las sensaciones: el exilio de Aurora, su aislamiento en medio del bosque, la alegría de encontrar a los suyos, la pena de perderlos en cuanto vuelve y la esperanza de ser amada por fin. Este ballet está hecho para mí. De alguna manera, relata mi propia vida, desde que dejé Florida hasta el momento en el que encontré

mi lugar en el escenario. Para mí no hay príncipe encantador, pero sí un gran amor: el de la danza. Esta pasión que llena mi corazón de entusiasmo. ¡El tiempo pasa tan rápido en el escenario! A un ritmo desenfrenado que no consigo comprender. Muy rápido, demasiado rápido, el ballet se ha terminado. El telón se baja con los aplausos atronadores de los espectadores. Todo este alboroto me provoca tensión en los hombros. Quisiera poder escaparme corriendo lejos de la gente, pero es imposible. Soy la primera bailarina del espectáculo y los espectadores han venido a verme a mí en su mayoría. He logrado conseguir que los saludos no se eternicen, pero es la única concesión que me han dado. Aprieto entonces los dientes mientras que salen al escenario todos los demás y saludamos al público todos juntos en cuanto se levanta el telón rojo. Ahora la sala está iluminada, y me doy cuenta entonces de las muchas personas que han venido, pero prefiero no pararme a pensar en esta imagen porque si lo hago, entraré en pánico. Busco a mi abuela con la mirada. Está en su lugar habitual, en el palco a la izquierda del escenario, y me concentro en su cara. Sus rasgos no han cambiado desde su última visita hace diez meses. Parece que el tiempo no pasa por ella. Su cabello plateado está recogido en un sofisticado moño y su ropa resalta su fina cintura. Aunque estoy lejos de ella, adivino el orgullo en sus ojos y su esbozo de sonrisa. Distingo por el rabillo del ojo a mis padres junto a ella, pero como cada vez que me miran, sus rostros no expresan nada. Ni alegría, ni pena. Es como si mis actuaciones y mi éxito los dejaran indiferentes.

Me pregunto por qué siguen viniendo a mis estrenos, ya que no parecen apreciar nunca los ballets. Menos mal que el telón se baja por fin y puedo borrar mi sonrisa forzada que me provoca calambres en el arco cigomático. Toda la compañía salta de alegría y se abrazan unos a otros teniendo cuidado de evitarme. Todos han comprendido que no me gusta el contacto con las personas. Solo algunos bailarines me prestan atención y asienten con la cabeza para felicitar-me.

—Eres patética. Te crees tan superior a los demás que ni siquiera eres capaz de alegrarte con nosotros.

Parece que Agatha no ha agotado toda su energía en el escenario. ¡Está tan llena de odio hacia mí! Prefiero ignorarla y darle la espalda mientras me dirijo hacia mi camerino personal, pero mi competidora tiene otros planes para mí. Se planta delante de mí, bloqueándome el paso, y sube el tono para que todas las miradas se claven en nosotras.

—Oye, no tienes por qué pavonearte. Tu actuación no ha sido tan buena. Como mucho, mediocre. ¿Tienes la cabeza en otra parte, quizá? Deberías retirarte del espectáculo antes de estropearlo definitivamente.

—Déjala en paz, Agatha. Caitlyn ha bailado muy bien esta noche. Ha estado fabulosa, como siempre.

Alex... Mi ángel guardián, siempre contra viento y marea. Nuestra historia fue breve y sin mayor interés, pero resultó ser un gran amigo para mí en vez de un amante. Es el único que se ha adaptado a mi volátil temperamento y a mi falta evidente de

comunicación. Comprendió muy pronto que yo no tenía malas intenciones, sino que era mi manera de ser. Es el defensor de los oprimidos y las causas justas. Creo que yo sola ya represento el grueso de su trabajo de caballero andante, aunque no soy la única en beneficiarse de su apoyo incondicional. Desde luego, soy retraída, pero a Agatha no le gusta nadie, y quiere hacerlo notar especialmente en algunos de nosotros. Aprovecho la intervención de Alex para escabullirme hacia el pasillo mientras Agatha escupe su bilis a quien quiere escucharla.

Mis compañeros están convencidos de que no tengo carácter. Si se hubieran esforzado por conocerme, habrían percibido la rabia que corre por mis venas y se muestra en mis ojos. Cuando era más joven, cualquier contrariedad provocaba una violenta crisis de ira durante la que golpeaba y rompía todo lo que estaba al alcance de mis manos. Luego empecé a bailar, y mis crisis se fueron espaciando hasta desaparecer. La danza ha sido mi válvula de escape y no quiero volver atrás. Prefiero parecer triste y sosa que loca. De pequeña, el primer médico al que me llevaron mis padres los acusó de maltrato. De los 42 signos de maltrato infantil, yo presentaba más de la mitad, desde las heridas físicas a los trastornos emocionales y de comportamiento. Afortunadamente, la asistente social que fue enviada a mi casa para hacer la investigación tenía formación en problemas de autismo, evitando así enviarme a un hogar que no habría hecho más que deteriorar mi estado fisiológico. La idea de expresar mis emociones a través de una actividad vino de ella.

Una bendición. Me volví menos violenta, y por tanto, presentaba menos moratones y heridas en mi cuerpo, y concentrarme en el colegio se hizo más fácil porque podía dejarme llevar al final de la tarde. Solo mantenía las huidas. No me iba muy lejos. Me refugiaba en casa de mi abuela esperando que pasara la tormenta. Me ha bastado con pensar en ella para verla aparecer en mi espejo. Es la única persona que puede entrar en mi camerino.

—Hola Caitlyn cat.

Siempre me hará sonreír. A pesar de los años que pasan, sigue llamándome como cuando era pequeña. Dejo el algodón y el desmaquillante para estrecharla entre mis brazos. Ya está. Por fin estoy en casa. Solo con su presencia, sin importar el sitio, me siento más tranquila.

—Hola abuelita.

—Deja que te mire, mi Cat.

Se aparta un poco y dejo que me vea de buen grado. No se le escapa nada, y tampoco las ojeras que ahora están visibles sin el maquillaje que las disimulaba.

—Estás magnífica, cariño. Pero trabajas demasiado y eso se ve. Tienes que descansar.

—Lo pensaré, abuelita.

Levanta una ceja con cara escéptica. Me conoce demasiado bien.

—Vale. Haré un esfuerzo durante estos días contigo.

—Bien. Cuento con pasar el mayor tiempo posible en tu compañía. Después de tanto tiempo, estoy segura de que tenemos

muchas cosas que contarnos.

Lo dudo, pero eso no tiene importancia. Todo lo que quiero es estar con ella, aunque no nos digamos nada. Y si yo no tengo nada que contar, puede que ella sí lo tenga. Sé que le encanta su nueva casa en medio de ninguna parte. Y su vecino. Sobre todo su vecino. Me habla de él cada vez que me llama. Creo que sueña, secretamente o no, con casarme con él. Mi abuela aún tiene sueños para mí. Es adorable.

—¿Estás preparada para salir, Caitlyn? Tus padres nos esperan para ir a cenar al restaurante.

Ah, sí. ¡La famosa cena familiar! La cena que solo tiene lugar las noches de mis estrenos y que hoy es mi único contacto con mis progenitores. Y sin embargo, a pesar de nuestra total ausencia de contacto el resto del año, no tengo absolutamente nada que decirles, o más bien, no consigo hablar con ellos, y esta cena se transforma enseguida en una comida silenciosa e incómoda en la que mi abuela se esfuerza durante dos horas en recrear vínculos familiares que nunca han existido realmente. Me hace tan feliz esta idea como dejarle mi lugar de primera bailarina a Agatha.

—Eres mucho más expresiva de lo que crees, Caitlyn Cat. No pongas esa cara, cariño. Esta cena es importante para nuestra familia.

—¡Qué va!

—Bueno, de acuerdo. Es muy importante para mí. Quiero reunir a mi hijo y a mi nieta.

Esos ojos suplicantes... Durante mucho tiempo, quise

tenerlos yo también. ¡Seguro que me habrían cambiado la vida!

—Eres una manipuladora, abuelita. Solo tengo que cambiarme y estaré lista.

—Eres la mejor nieta del mundo.

—Seguro que sí.

Se para justo antes de cruzar la puerta para darme un sobre que han metido por debajo. Lo cojo con manos temblorosas. Ahora, las cartas me asustan.

—Y Cat, ponte un vestido bonito, por favor. No quiero que a tu madre le dé un ataque al verte aparecer con jeans desgarrados como la última vez.

Verle la cara en aquel momento, realmente mereció la pena. Pero en este momento, no estoy para bromas. Abro el sobre rojo sangre sabiendo de antemano lo que contiene. Todas las cartas amenazantes que he recibido eran idénticas a esta. Reconozco inmediatamente la letra llena de violencia que cubre el papel. Es grosera y violenta, tanto por las palabras como por la forma de escribir tan seca y escrita con tanta presión que se han formado agujeros en la hoja por la virulencia de los gestos.

«No me escuchaste. Te dije que eras mía y te prohibí mostrar tu culo con tutú a todo el mundo. Deberías haberte retirado tú misma cuando tuviste la ocasión en lugar de comportarte como una zorra. Ahora, yo me encargaré del asunto. Solo bailarás para mí. Voy a buscarte».

Mi respiración es corta y está entrecortada y mis manos tiemblan tanto que la hoja cae al suelo. Es la primera vez que

el hombre escribe su intención de venir a verme, porque se trata de un hombre, estoy segura. Las primeras cartas que me llegaron me habían hecho pensar en un fan demasiado posesivo. Relataba en sus cartas la vida en pareja que imaginaba para nosotros, con gran acompañamiento de palabras sucias. Al cabo del tiempo, las descripciones se volvieron más crudas, más amenazantes. Pasó de «serás mía en todos los sentidos» a «te voy a clavar mi pito y follarte hasta que grites de dolor». También me reprocha mi falta de reacción y de implicación en nuestra pareja. ¿Qué pareja? No conozco a nadie lo suficientemente retorcido para inventarse una historia tórrida conmigo. La manera como me imagina demuestra claramente que no nos conocemos. Pero parece ser que ha decidido remediar eso. Saco mi móvil del bolso intentando recuperar el control de mí misma. Desde que las cartas se han convertido en una fuente de angustia, se las remito al director del ballet que ha avisado a la policía. Desgraciadamente, de momento, los inspectores no tienen ninguna pista y según ellos, no debo preocuparme. Dicen que la mayoría de los acosadores anónimos nunca pasan a la acción. ¿Y el resto? No me han dado ninguna respuesta. Como si fuera una paranoica. Bueno, lo soy un poco. Digamos que tengo una tendencia natural a extrapolarlo todo. Pero es hora de que cesen estas cartas.

—¡Caitlyn! Has estado fabulosa. Los comentarios de los espectadores son muy buenos.

—Gracias, señor, pero no le llamo para eso.

Le oigo suspirar al otro lado del aparato. Él tampoco me aprecia especialmente. Me soporta porque le soy útil. Le hago ganar mucho dinero y se siente obligado a hacer esfuerzos conmigo.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—He recibido una nueva carta.

—Ya hemos hablado de eso. Debes pasar a otra cosa y tirarlas sin abrirlas. Ese hombre nunca pasará a la acción.

—Mire, he recibido una en mi casa y otra en mi camerino por debajo de la puerta.

El silencio que sigue me reconforta. Quizá me tomen ahora en serio.

—Dáselas a los de seguridad al salir del teatro. Se las llevaré a la policía.

—Gracias, señor.

—De nada, Caitlyn. Disfruta de tu velada. Te la has merecido. Nos veremos mañana para hablar de la investigación.

—De acuerdo. Adiós.

Me siento aliviada tras esta llamada. Solo espero que estas nuevas cartas ayuden a avanzar en el caso. Ya me asusta bastante el mundo que me rodea para añadir el miedo a un psicópata.

Me preparo rápidamente. No porque tenga prisa por ver a mis padres, sino porque quiero deshacerme de estas malditas cartas que no soporto ver en mi tocador cuanto antes. Salgo del teatro después de un último vistazo en el espejo entregando ese correo a los agentes de seguridad.

Capítulo 3

Caitlyn

Mis padres no han cambiado ni un ápice. Mi padre sigue teniendo su cabello canoso despeinado y su mirada azul penetrante como la mía, y mi madre está de punta en blanco con su riguroso traje pantalón y su moño sin un mechón fuera de sitio. Su manera de mirarme tampoco es diferente de cuando era pequeña: como si fuera una extraterrestre imposible de descifrar.

—Gracias por honrarnos con tu presencia, Caitlyn. ¡Te has tomado tu tiempo para venir con nosotros! Y sin embargo, sabes que tu madre no puede estar de pie mucho tiempo.

Es cierto que mi madre tiene algunos problemas en las rodillas debidos a la debilidad en sus articulaciones, pero solo le duelen cuando el tiempo está frío y lluvioso, y esta noche, el cielo está completamente despejado.

—Hola, papá. Hace muy buen tiempo para la temporada, ¿no te parece? Hasta se pueden distinguir las estrellas.

—No seas insolente, Caitlyn.

Pues sí. Mis padres siempre han permanecido unidos, especialmente cuando se trata de ir contra mí. Mi abuela interviene antes de que la cena se vuelva muy corta. Más que muy corta incluso, porque ni siquiera estamos en el restaurante.

—Vamos a cenar. Me muero de hambre.

Mi abuela me coge del brazo y caminamos en silencio por la acera, a la cabeza de nuestra pequeña comitiva. Tengo la desagradable impresión de que me observan. Como si una

mirada me quemara la espalda provocándome sudores fríos a lo largo de mi columna vertebral. Podría pensar que esta sensación procedía de la presencia de mis padres, pero ellos nunca me han causado una reacción tan epidémica. Me estremezco observando los alrededores, pero la débil luz de la luna y las pocas farolas dispersas no me dejan distinguir bien la zona. Como mucho, crean inquietantes sombras en la penumbra.

—¿Tienes frío, cariño?

—No, abuelita. Estoy bien. Solo estoy deseando volver a casa. Estoy cansada.

No le he hablado de las cartas a mi abuela. No quería que se preocupara por mí. Lleva una vida tranquila y no pienso estropeársela.

—¿Cuándo vas a ir a visitarme a Virginia? El aire puro y los espacios abiertos te sentarían muy bien.

—Seguro que sí, abuelita, pero la temporada acaba de empezar y las representaciones de la Bella Durmiente del Bosque durarán varias semanas.

—Y después, habrá un nuevo ballet y tú serás seleccionada con sobresaliente, evidentemente, y luego los ensayos para el nuevo espectáculo y de nuevo las representaciones. Esto no se acaba nunca, Cat.

Bajo la cabeza, avergonzada por ser tan mala nieta. Tiene toda la razón al hacer estos comentarios.

—Lamento decepcionarte, abuelita.

Se para tan bruscamente para mirarme de frente que mis

padres chocan con nosotras.

—Tú nunca me decepcionarás, Caitlyn Cat. ¿Me oyes? Estoy extremadamente orgullosa de ti, y tus padres también.

Les lanza una mirada insistente a la que solo pueden responder positivamente.

—Por supuesto, Caitlyn. Nos alegramos por ti.

No es realmente lo mismo que estar orgullosos, pero me contentaré con eso. Sé que no lograré nada mejor por su parte. Seguimos caminando lentamente.

—Solo quiero que conozcas algo más que la danza. Y además, quiero presentarte a Baraqiel.

—¿Tu vecino?

Asiente con la cabeza.

—No me habías dicho todavía su nombre. Es muy raro.

—No lo juzgues sin conocerlo. Es un ángel, cariño.

¡Cómo no! A mi abuela todo el mundo sin distinción le cae bien. La amigable conversación habría podido pararse ahí, pero mi madre ha tenido que meterse en ella una vez instalada en la mesa.

—Bueno, ya sabe usted que Caitlyn no tiene tiempo para el amor, querida suegra. Tendría que interesarse por alguien que no fuera ella misma, y eso no creo que vaya a ocurrir.

Mi madre se pone cada vez más desagradable. Me pregunto para qué se esfuerza en venir a verme cuando está claro que no le apetece nada. Seguramente, mi abuela ha tenido algo que ver. Sabe ser muy persuasiva. Quisiera ser capaz de decir a mi familia

que los quiero, pero para eso, mis padres tendrían que aceptarme como soy, y eso nunca lo han hecho. Hoy, es demasiado tarde y mi silencio siempre lo entienden como un rechazo. De hecho, es más bien una aceptación de la situación. Como siempre, mi abuela actúa de mediadora en nuestras relaciones conflictivas. Creo que sin ella, no habría ninguna interacción entre mis padres y yo.

—Vamos a pedir. Se está empezando a hacer tarde para una vieja señora como yo.

Elijo mis platos, pero me siento oprimida entre el silencio que pesa en nuestra mesa y el alboroto de las conversaciones de los otros clientes. Mi abuela me conoce muy bien y me da la mano por debajo de la mesa.

—Vete, tienes tiempo.

Me levanto precipitadamente sin hacerle caso a mi madre que empieza ya a protestar. El aire de fuera me sienta muy bien. La ligera brisa acaricia mis piernas desnudas y me sonrosa las mejillas. Aprovecho la calma de la noche para dar algunos pasos, me apoyo en una pared y levanto los ojos hacia el cielo. No hay ni una sola nube y las estrellas titilan en esa magnífica alfombra de terciopelo negro. Podría quedarme horas aquí, dejando que esta paz invada mi alma atormentada. De pequeña, soñaba con echar a volar y bailar en una nube. Pero un ruido de pasos a mi izquierda me sobresalta y me hace darme cuenta de dónde estoy. Soy una mujer sola en una calle oscura de Nueva York. Me incorporo, sintiendo un malestar en el estómago. Vuelvo por

donde he venido para llegar al restaurante. No me he alejado mucho, y sin embargo, la distancia de pronto me parece inmensa. Noto que alguien me está siguiendo. Estoy segura. Ruidos de pasos. Una fuerte respiración. Esto no me gusta, y una sorda angustia se apodera de mí mientras mi corazón late a cien por hora. Acelero el paso, aliviada por haber llegado por fin a mi meta, y le doy las gracias al portero que toma la iniciativa de abrirme dejándome pasar sin que tenga que pararme. A salvo tras las puerta de cristal, me doy la vuelta pero solo veo la calle desierta y silenciosa. No hay nadie a la vista. Mi corazón recobra un ritmo más calmado, pero mi cabeza queda atrapada en la angustia. Las emociones se mezclan en mi interior, amenazando con provocar una crisis autística como no tenía desde hacía mucho tiempo. Me refugio en uno de los baños, cierro con el pestillo, y me acurruco haciéndome un ovillo en el suelo, balanceándome de adelante hacia atrás. Necesito bailar para exteriorizar el miedo que me consume, pero en este momento, eso es imposible. Intento entonces centrarme en mí y pensar con serenidad. ¡Es más fácil de decir que de hacer!

Se oyen unos tacones en las baldosas del suelo delante de mi puerta. Instintivamente, me muevo hacia atrás, pero la taza del inodoro a mi espalda me bloquea.

—¿Caitlyn Cat? ¿Estás bien? Te he visto en el hall, pero no has vuelto a la mesa.

Al escuchar la voz de mi abuela me siento mejor. Decido concentrarme en esto, en ella y su voz, contando en mi cabeza.

Inspiración, 1, 2, 3, 4. Exhalación, 1, 2, 3, 4. Repito el ejercicio cinco veces seguidas. Mi abuela, tras haber mirado en todas las cabinas, se para ante la puerta de la mía.

—Ábreme, Cat. Estoy segura de que estás ahí.

Extiendo el brazo para quitar el cerrojo de la cerradura y mi abuela abre la puerta lentamente. Sus ojos están tristes cuando me mira. Se pone en cuclillas delante de mí y me acaricia el cabello como hace siempre que me nota atormentada.

—¿Qué ocurre, cariño?

No quiero hablar de ello. Ahora no, y sobre todo, aquí no. Se lo contaré todo. Lo necesito. Pero lo haré en mi casa, en la seguridad de mi hogar. Si es que allí estoy a salvo, porque ya no estoy segura.

—Tus padres te quieren, Caitlyn Cat. Lo que pasa es que no saben cómo comportarse contigo. No consiguen entenderte.

—Ya lo sé, abuelita. No pasa nada.

Prefiero que piense que estoy así por culpa de esa incómoda cena, al menos por el momento.

—Anda ven, cariño. No te quedes en el suelo, que vas a coger frío en estas baldosas heladas.

Me ayuda a levantarme y me coloca bien el bajo de mi vestido que está un poco subido.

—Ya has pasado la edad de enseñar tus braguitas, cariño.

Su comentario me hace sonreír y nos vamos a la mesa, de la mano.

—Vaya, por fin volvéis. Hace una eternidad que nos han

servido los platos, y no tardarán en enfriarse. ¿Qué estabas haciendo, Caitlyn? ¿Firmabas autógrafos?

Me echaría a reír si no fuera porque tengo ganas de llorar. Mi madre está convencida de que he preferido la celebridad en vez de la vida familiar a su lado. ¡Cuánto se equivoca! Lo que he elegido es la normalidad, la libertad. En definitiva, he elegido liberar mi mente de todas las sensaciones que me bombardean todo el tiempo para vivir una vida banal, aunque la mayoría de la gente no la considera tan normal. Es verdad que en la mitad de los autobuses de la ciudad hay una foto mía vestida con el traje clásico de bailarina, y que aparezco regularmente en las revistas especializadas. Sin embargo, lo que yo veo, es que hago lo que me gusta. Y hasta últimamente, lograba abstraerme de todo el jaleo que me rodeaba.

—Podrías al menos sentarte, para que podamos empezar por fin.

—Perdón. Por supuesto.

Efectivamente, como suele pasar, estaba perdida en mis pensamientos y me quedé inmóvil junto a la mesa. Me siento entonces en mi silla y la cena va pasando como todas, en un silencio casi religioso, solamente entrecortado por frases de mi abuela que intenta desesperadamente reanudar el diálogo entre todos nosotros.

—Quizá podríamos visitar todos juntos la ciudad mañana.

—¡No lo creo! Seguro que nuestra estrella nacional tiene cosas mejor que hacer que pasar tiempo con nosotros.

Desde luego, mi madre no me perdonará nunca ser lo que soy: ¡independiente! Cuando me diagnosticaron trastornos del espectro autista, se disgustó, porque mis crisis de ira eran incontrolables, pero también se dijo que entonces siempre la necesitaría a mi lado para desenvolverme en la vida, y le gustaba esa idea. Pensaba que sería eternamente la niña de mamá. El futuro le demostró lo contrario.

Prefiero responder a mi abuela para no discutir con mi madre.

—Mañana no trabajo. Nos dan un día de libertad. Solo debo hacer ejercicios por la mañana y después, soy toda tuya.

—¡Qué milagro! Esto no debe ocurrir con frecuencia, ya que nunca tienes tiempo para llamarnos!

Mi abuela interviene, como siempre.

—Me encantaría visitar Ellis Island. Nunca hemos ido allí todavía.

Yo tampoco, nunca he puesto allí los pies. Sentirme atrapada en un ferry, nunca me ha entusiasmado demasiado, pero alejarme, aunque solo sea por unas horas, de la gran manzana y de mis problemas en compañía de mi abuela es una idea muy seductora.

—Es una idea excelente, abuelita. Iremos después de comer. Me ocuparé de sacar los billetes antes de mis ejercicios.

—¡Y ni siquiera nos preguntas si queremos ir con vosotras, por supuesto!

Me trago la bola que me obstruye la garganta. Mi madre no se callará nada esta noche. Parece que ha llegado la hora de ajustar

nuestras cuentas. Desgraciadamente, no estoy en condiciones de soportarlo y prefiero ser sumisa y controlarme aunque tenga que romper el apoyabrazos de mi silla clavando los dedos encima.

—Papá, mamá, ¿queréis venir con nosotros a Ellis Island mañana?

—Pues mira, resulta que no podemos. Mañana trabajamos. ¡No estamos disponibles cuando la señora se decide a concedernos un poco de su tiempo!

¡Todos esos comentarios para acabar así! Y después, me reprocharán que no hago ningún esfuerzo. Me muerdo la lengua tan fuerte para no chillar que la sangre invade mi boca. Ojalá se termine esta cena para que pueda por fin refugiarme en mi casa y soltar este exceso de tensión. He arreglado toda una habitación con este objeto, con espejo y barra transversal en la pared. Una minisala de baile personal que me va a ayudar mucho si quiero dormir esta noche.

¡Por fin estoy en mi casa! Mis cómodos ingresos me permiten tener este gran piso de tres habitaciones en pleno centro de Nueva York, cerca del American Ballet Theater sin tener que coger el transporte público. Un auténtico lujo para mí. Voy a todas partes andando y eso me sienta bien. Abro la puerta y le indico a mi abuela que entre. Aunque está en forma para su edad, la noto cansada, y estoy segura de que está impaciente por llegar a su habitación. Porque ella tiene su habitación en mi casa. Nunca invito a nadie salvo a ella, así que la tercera habitación se ha decorado según sus gustos.

—Mira, Caitlyn Cat. Han metido una carta por debajo de tu puerta. ¿Tienes un admirador secreto cuya existencia me has ocultado?

Capítulo 4

Caitlyn

Siento que el color abandona mi rostro, que mi corazón se hiela en mi pecho y mis manos se vuelven sudorosas. No necesito mirar el sobre que tiene en sus manos para saber de quién es. Tres en el mismo día. Es una novedad de la que podría haber prescindido sin ningún problema.

—¿Caitlyn? ¿Hay algún problema?

—No. Ninguno.

Mis manos tiemblan tanto como mi voz cuando cojo el sobre tan rojo como la sangre que corre por mis venas, contradiciendo mis palabras.

—Te conozco mejor que tú a ti misma. ¿Qué es lo que ocurre? ¡Y no me digas que nada!

Ante mi ausencia de respuesta y de reacción, mi abuela toma la iniciativa. Coge el sobre, lo abre y lo lee en voz alta frunciendo el ceño.

«Prepárate, llegaré pronto. Muy pronto».

Lee la misiva varias veces en silencio mientras yo me derrumbo contra la puerta después de haber cerrado dando dos vueltas de llave. Bloqueo y desbloqueo la cerradura varias veces seguidas: mis trastornos obsesivos-compulsivos han vuelto debido a la presión.

—¿Qué quiere decir esto, Caitlyn? Esto no tiene nada de romántico, ¿o me equivoco?

Sacudo la cabeza de izquierda a derecha, al borde de un ataque de nervios. Empiezo a golpear la parte trasera de mi cabeza contra la dura madera de la puerta tras de mí, esperando poder hacer salir todos los oscuros pensamientos y las angustias que la invaden. El ruido seco resuena en mi piso.

—No, Caitlyn. Esa no es la solución.

Pone su mano por detrás de mi nuca para impedir que me haga daño y me lleva a la fuerza hacia mi habitación de baile tirándome del brazo.

—Te doy media hora para que te calmes. Después, quiero que tengamos una conversación seria. ¿Me has entendido?

Asiento con la cabeza y pongo en marcha la música sin perder un segundo. Hice que me insonorizaran por completo esta habitación para la tranquilidad de mis vecinos cuando la necesidad de desahogo se deja sentir a altas horas de la noche. No creo que les guste oír música y los ruidos de mis saltos pasadas las 23 h. El ritmo es rápido, potente, y resuena dentro de mí como tambores. Es exactamente lo que necesito. Salto, giro y encadeno movimientos de improvisación para exteriorizar la rabia y la angustia que estas cartas me provocan. No puedo soportarlo más. Y no soporto que ahora lleguen a mi casa. No me doy cuenta del tiempo que pasa hasta que mi abuela apaga el equipo de sonido.

—Es muy violento, Cat.

Ni siquiera me había dado cuenta de que mi abuela se había

quedado conmigo en lugar de ir a su habitación a descansar, y no dudo ni por un momento que se refiere a mi manera de moverme.

—No es la primera carta de este tipo que recibes, ¿verdad?

Cojo una de las toallas limpias que dejo siempre en la sala para secarme el rostro. Eso me da tiempo para recobrar una respiración más regular y reducir mi ritmo cardíaco.

—No. Las recibo desde que me eligieron para el papel principal de la Bella Durmiente del Bosque. Se hicieron cada vez más frecuentes a medida que nos acercábamos a la primera representación del espectáculo y esta es la tercera del día.

Mi abuela me estrecha entre sus brazos para reconfortarme.

—Oh, mi querida Caitlyn Cat. Deberías habérmelo contado. Si lo hubiera sabido, habría venido antes para ayudarte.

—Ya lo sé, abuelita. Pero tú tienes tu vida, y yo soy adulta. Debo mantenerme yo sola. Y además, solo son cartas, al fin y al cabo. Ya sabes lo que me cuesta gestionar las incógnitas, y está claro que no comprendo cuál es el interés de enviar esta clase de correo.

—Mantenerte a ti misma no quiere decir aislarte, cariño, y estas cartas no son inofensivas. ¿Has avisado a la policía?

—El director del ballet lo ha hecho por mí, porque las cartas llegaban al teatro hasta ahora, pero la investigación está estancada. No tienen ninguna pista y como nunca me han amenazado físicamente, no se toman en serio este asunto. Creen que me preocupo demasiado por tan poca cosa.

—Ya veo. Pero ahora, las cartas llegan directamente a tu casa.

Eso lo cambia todo.

—Solo es así desde esta mañana. El director avisará a la policía de este cambio.

—Bueno. A la espera de que se solucione esta historia, me quedaré en tu casa para asegurarme de que no corres ningún riesgo.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.